

HALLAR A DIOS EN TODAS LAS COSAS

-Lo cotidiano como experiencia espiritual-

P.Rambla, S.J.

Hace unos años, Louis Gillet, conocido por el seudónimo de "un monje de la Iglesia de Oriente", escribía: "Jesús, para pararse junto al pozo de Jacob, busca la hora en que sabe que la samaritana va a ir allí a sacar el agua de cada día". Efectivamente, es en nuestras necesidades de cada día, en nuestras tareas cotidianas donde Jesús quiere encontrarnos, salimos al encuentro.

Gran parte de los cristianos de hoy, sobre todo seculares, sacerdotes, religiosas y religiosos que estamos inmersos en la actividad, sentimos con mayor o menor fuerza tres anhelos. Uno es el anhelo de una mayor y más profunda experiencia de Dios; otro es el de la búsqueda de unidad en nuestras personas, y también en nuestras actividades y relaciones con los demás; otro es el deseo de una cierta plenitud afectiva. Esos tres anhelos se corresponden a tres características que se dan en nuestra sociedad actual. Por un lado, lo que podríamos llamar la opacidad del mundo. Vivimos en un mundo secularizado, en medio de una cultura de la increencia, una sociedad en que la religión es irrelevante, un mundo opaco. No se niega siempre a Dios, y desde luego no lo negamos nosotros, pero Dios no se hace transparente en este momento. Otro rasgo de nuestra sociedad es la fragmentación de la vida. Vivimos en un mundo en el que gran parte de los que nos hallamos en esta sociedad tenemos una pluripertenencia, pertenecemos a muchos grupos, a muchas situaciones, a muchos campos de trabajo, de comunidad, de amistad. Finalmente, vivimos también una atomización de compromisos, un pluralismo ideológico y eclesial, y muchas veces, lo que es peor, una especie de esquizofrenia o de disgregación interior. Y, finalmente, otro rasgo es el de la dureza y frialdad de nuestra sociedad, una sociedad que, desgraciadamente, está toda ella contaminada por la injusticia, marcada por el anonimato, el economicismo, el utilitarismo.

Estas circunstancias explican, tal vez, la intensidad de aquellos tres anhelos que he indicado al comienzo: deseo de una experiencia de Dios más viva, búsqueda de unidad en el conjunto de la vida y también añoranza de una mayor plenitud afectiva. Por su parte, el cristianismo viene a llenar estos profundos deseos de hombres y mujeres de hoy, ya que ha de ser siempre una determinada manera de vivir la experiencia de Dios; ha de ser un proceso de unificación existencial en la búsqueda generosa del Reino de Dios y su justicia; y, finalmente, el cristianismo debe estar siempre dinamizado por el amor.

Ante el telón de fondo de la situación descrita, destaca con fuerza la pro-puesta espiritual de Ignacio de Loyola, puesto que es una notable pedagogía para desarrollar las líneas esenciales de la vida cristiana que acabo de poner de relieve. La exposición que sigue se centrará en esta aportación ignaciana. En el desarrollo del tema seguiremos estos pasos: en primer lugar vamos a exponer la experiencia inicial de Ignacio; en segundo lugar nos centraremos en la propuesta que nos hace Ignacio; y, finalmente, vamos a desarrollar más detenidamente la pedagogía que, para vivir dicha propuesta, el mismo Ignacio nos ofrece.

1. Conferencia pronunciada, en la Universidad Pontificia Comillas, de Madrid, con motivo del año ignaciano, y publicada en CONFER, 1991, pp. 239-252.

1. La experiencia inicial de Ignacio

Ignacio tuvo una experiencia ultramundana de Dios que, habiéndose iniciado ya en Loyola, culminó en Manresa y luego, en años sucesivos, se fue desarrollando y ahondando. Cuando narra la experiencia, la iluminación junto al río Cardoner, dice él que tuvo una comprensión integral del mundo, iluminado por la revelación, con una gran capacidad de captar el sentido de la historia, de la vida. Lo expresa con tres palabras un tanto esotéricas. En aquella iluminación interior, en que se sintió como un nuevo hombre,

con una nueva inteligencia, comprendió las cosas de la fe, las cosas de las letras, y las cosas espirituales. Tres elementos; la fe, las letras, las cosas espirituales.

Es decir, a través de los días manresanos, en una especie de recapitulación que hace Ignacio como quien resume el programa de las lecciones que Dios le había enseñado, fue comprendiendo el sentido de la Trinidad, el sentido de la Creación, la humanidad de Cristo, la Eucaristía, la Virgen, etc. Y al final dice que se le articularon las realidades de la fe; o bien, como dijo uno de sus confidentes, tuvo una visión "sintética" o "arquitectónica" de la realidad de la fe. Tantas veces sufrimos ese problema en la teología: la atomización, la desarticulación... ¿cómo puede ser la fe un puzzle desmontado sobre la mesa? A San Ignacio el puzzle se le recompuso totalmente en aquel momento; no se convirtió en un teólogo de profesión, pero tuvo ya un marco interior en el cual la revelación se le fue articulando. Y en esta realidad de la fe se situó lo que él llama las letras, es decir, la comprensión del mundo, de las realidades humanas, de la historia; una captación nueva de la realidad en este marco de la fe. Pero al mismo tiempo dice él que tuvo conocimiento de las cosas espirituales; en concreto, Dios le dotó con este instrumento tan característico de su espiritualidad que es el discernimiento, es decir, la capacidad de interpretar el movimiento incesante del Espíritu a través del tiempo y de las distintas situaciones. Así Ignacio se pierde en el interior de Dios, y allí se encuentra con la historia, nuestro mundo, nuestras realidades, y con una capacidad de seguir captando la acción del Espíritu que nos va conduciendo continuamente hacia la verdad completa. Esa nueva comprensión y esa capacidad de interpretación de la realidad en el interior de Dios le conduce al mundo; es una conversión al mundo, como han expresado varias veces a lo largo de estos últimos años los especialistas de la espiritualidad ignaciana. Convirtiéndose a Dios, se convierte al mundo, a este mundo al cual Dios ama de una forma tan extraordinaria, como dice el Evangelio de San Juan.

El obispo de Vic, diócesis a la que pertenece Manresa, en una homilía de la fiesta de San Ignacio, a principios de siglo, resume de una forma brillante esta realidad; "Dios arranca a Iñigo del mundo para convertirlo en hombre de Dios, y lo devuelve al mundo para transformarlo en Reino de Dios". Tenemos las dos caras de esta experiencia ignaciana: hombre que es arrebatado plenamente por Dios, para que continúe en este mundo y en esta historia la obra de este Dios que ama al mundo al cual ha enviado a su propio Hijo. Esta experiencia inicial de Ignacio tiene un sentido muy profundo, y no puede menos que ser cristológica y pneumatológica.

2. En nuestro medio lo conocemos como "rompecabezas" (nota del editor)

El núcleo de la experiencia podría describirse así: seguir a Cristo en la sociedad y en la historia con la creatividad del Espíritu. A partir de este momento, la acción de Ignacio es una acción de inserción en la historia, como fue la de Cristo, que asumió la historia de los hombres, la historia completa, en lo que tiene de pequeño y en lo que tiene de grande, en lo que tiene de alegre y en lo que tiene de doliente, en lo que tiene de pasividad, y en lo que tiene de actividad y de lucha.

Y así vemos a un Ignacio que empieza simplemente por integrarse en la historia con el deseo de peregrinar, que se plasma en una peregrinación apostólica. Estar en Jerusalén, en la tierra de Jesús, para ayudar a las almas es ya una presencia en la historia con una misión, con un sentido. En Jerusalén va descubriendo que no es el lugar geográfico del Señor en donde ha de realizar el seguimiento. No le dejan quedarse allí, y sale de Jerusalén buscando ya por Europa el lugar y la forma como ha de realizar el seguimiento. Rompe el esquema topográfico, o si queréis, el esquema mimético del seguimiento. Seguir a Jesús no será ya copiar a Jesús, imitar a Jesús; será insertarse en la historia contemporánea, en la de su tiempo; y finalmente acaba por descubrir que el seguimiento lo diré con expresión de Jon Sobrino- es "hacer la historia de nuestro tiempo como Jesús hizo la historia de su tiempo". Es decir, reconstruir la del siglo XVI en un mundo muy distinto, en unas realidades muy diferentes a las que vivió Jesús.

Ignacio va a seguir a Jesús en su tiempo. Se trata de una inserción en la Historia, pero con el signo de Jesús, que es liberar a los demás. San Ignacio lo expresa de una forma muy sencilla: ayudar a las almas; pero no concibe esta "ayuda" de una forma espiritualista. A lo largo de su relato autobiográfico e incluso luego en la Fórmula del Instituto de la Compañía de Jesús, "ayudar" será, desde luego, atender espiritualmente al prójimo, con conversaciones espirituales, con confesiones si el Jesuita es sacerdote, con ejercicios espirituales; pero también será atención a los pobres, a los enfermos, a los que viven enfrentados, etc., en todas las necesidades materiales, etc. En definitiva, una ayuda a las personas en su dimensión más plena, tal como Jesús la realizó. Finalmente, al seguir a Jesús en la historia con ese norte

liberador tiene también una característica propia: no se trabaja ni se sigue a Jesús de cualquier manera; hay que buscar el Reino con su justicia, es decir, con sus valores, con su forma de realizarlo.

Y así tenemos a Ignacio que realiza esa labor en la historia con una prioridad Absoluta, la fe que actúa por el amor. En Barcelona, poco antes de embarcarse hacia Jerusalén, cuando había recogido unas monedas, porque le habían dicho que tenía que llevarse algo, que no era prudente emprender aquella peregrinación sin recursos materiales, al final dice no: ni monedas, ni compañeros, ni nada, y deja allí en un banco junto al puerto de Barcelona las pocas monedas que tenía. También afirmó que no quería a nadie por compañero, porque solamente quería llevarse tres cosas: fe, esperanza y caridad. En definitiva, este sería el primer valor; un trabajo en la historia construido sobre el fundamento de una actitud de fe. Lo cual quiere decir esto: supuesto que la historia es dinámica, el Espíritu tiene la primacía, el Espíritu le guía y le mueve. Y como esto supone una actitud personal, su línea constante es la pobreza.

Resulta interesante que en la autobiografía de San Ignacio, dictada dos años antes de su muerte, cuando la Compañía de Jesús ya lleva unos trece años de vida con múltiples instituciones de envergadura como Colegios y Universidades, Ignacio se llama a sí mismo "el peregrino". Toda la autobiografía es una expresión del papel de la pobreza en su vida y en su institución, que se plasmará en formas muy distintas, pero que siempre será una verdadera pobreza. Esta, que es creativa, pasará por las mediaciones, pero las mediaciones nunca serán una pantalla o un muro que impida actuar al Espíritu. La pobreza servirá también como medio fundamental para ayudar al prójimo en este sentido espiritual, en toda la plenitud de las dimensiones de la persona.

Vemos, pues, el aspecto cristocéntrico, crístico, cristológico de esta experiencia ignaciana, que es inserción en la historia, con una dimensión liberadora y con unos nuevos valores de la fe. Pero este seguimiento de Cristo es creativo, y aquí está la dimensión pneumatológica de la experiencia de Ignacio. Es una referencia constante a Cristo, pero creativa; no se puede seguir a Cristo copiando a Cristo, no se puede seguir al Señor reproduciendo lo que El hizo. Ignacio irá siempre siguiendo al Espíritu, según la expresión tan brillante del padre Nadal: "nunca se anticipaba al Espíritu, sino que lo seguía". Y por esto, al cabo de muchos años de aquella experiencia inicial de Manresa, cuando está en París, dice que todavía no sabía si fundaría una orden religiosa, o cómo concentraría ese proyecto, porque nunca se anticipaba al Espíritu, sino que seguía al Espíritu.

Por tanto, nos hallamos ante los dos polos que están en el interior de esta experiencia intramundana de Dios: una experiencia de Dios que se traduce en una referencia constante al Señor Jesús, a su palabra y a su vida, pero creativamente conducida por el Espíritu que nos guía hacia la verdad completa que nos va recordando la palabra de Jesús. Por esto, Ignacio tuvo como compañera constante una pregunta; "Quid agendum? (¿Qué hay que hacer?)". Aquel Ignacio que empezó diciendo; esto lo hizo San Francisco, yo lo voy a hacer, pasa a ser el Ignacio que no sabe lo que hay que hacer, y que se va preguntando a través de la historia, en el itinerario de su vida, qué es lo que hay que hacer. En el núcleo de esta experiencia, ya se nos insinúa un elemento muy interesante: la escuela de la espiritualidad es la vida, el mundo. Hace ya unos años, escribía Marcel Legaut, un hombre realmente profundo e inserto en el mundo: "la espiritualidad en que estamos entrando se elaborará obscura y lentamente a través de creyentes vivos, perdidos en los medios en los que no es posible ser cristiano si no se está constantemente trabajando para perseverar y llegar a serlo aún más por profundidad humana y por fidelidad".

Jesús lejos del aislamiento y la soledad, fue a los lugares en donde se juega la vida humana, la verdadera, la auténtica, en la que no hay vidas prefabricadas y artificiales. Dice en otra parte Marcel Legaut:

"El discípulo de Jesús, antes de hacerse apóstol, debe primero ir a los hombres, principalmente a las personas sencillas y alegres a las que la vida no ha tratado bien, a las que ha educado en el rigor de las condiciones corrientes".

¡Cuántas veces buscamos el evangelio en lo raro y no en lo corriente, en lo ordinario!

"Es preciso, dice en otro lugar, que se establezcan situaciones, condiciones de vida y relaciones que exigen siempre largas preparaciones y aproximaciones pacientes".

Y describe unas cuantas de éstas, en las que no hay ningún examen que avale la capacidad, si no es la misma vida. Ignacio nos recuerda el itinerario de Jesús de Nazaret, un itinerario que pasa por la creatividad en lo corriente, en la inserción en la historia, en las circunstancias de nuestro tiempo, y no en situaciones artificiales.

2. La Propuesta Ignaciana

La experiencia inicial de Ignacio se traduce en una propuesta que él nos hace mediante su misma vida: ¿cómo es esta vida? Lo podemos expresar con el título de esta conferencia: "el hallar a Dios en todas las cosas", expresión típica y auténticamente ignaciana. Se trata de convertir toda mi existencia en experiencia de Dios: la vida comunitaria, de familia, de apostolado, la actividad intelectual, la actividad social, este mundo tan denostado de la actividad sociopolítica, en una palabra, toda la existencia, eso puede ser experiencia de Dios.

Unos cuantos pensamientos ignacianos pueden iluminar esta propuesta. A los que estudian les dice que han de realizar el encuentro con Dios en todas las cosas:

en el conversar, en el andar, en el ver, en el gustar, en el oír, en el entender, en todo lo que hicieren. Esta manera de hallar a Dios Nuestro Señor en todas las cosas es más fácil, dice él –y notemos que Ignacio es un buen pedagogo - , que adentramos en las cosas divinas más abstractas.

En otra parte, insiste Ignacio:

en cuanto a la oración y a la meditación, aprueba el padre Ignacio que en todas cosas que uno hace halle a Dios más que dar mucho tiempo junto a la oración; que no halle menos devoción en cualquier obra de caridad y obediencia - en este caso se refiere a religiosos- que en la oración y en la meditación; la devoción puede darse en todas partes.

San Ignacio mismo escribe al duque de Gandía lo siguiente:

"Es mayor virtud de ella (mayor don del alma) y mayor gracia, poder gozar de su Señor en varios oficios y en varios lugares, que en uno solo, el de la oración".

Por esto le dice que reduzca la oración y dedique más tiempo a estudiar y a las cuestiones públicas de su estado.

Hay que gozar de Dios en toda situación. Teológicamente es una verdad elemental. ¿Por qué Dios ha de encontrarse más en el momento en que nos ponemos en retiro con un libro que hablando con una persona? ¿Tan pobre es Dios que está limitado a una actividad nuestra? ¿Tan limitado? Esta capacidad de comunicarse en distintas situaciones la expresaba una contemplativa contemporánea, Madeleine Delbrel, cuando decía que "para una persona que busca a Dios, una escalera puede ser su Sinaí". Un ascensor puede equivaler al Sinaí de Moisés. Dios no se limita a un espacio, a una actividad, si tú tienes un corazón abierto, que lo has de tener en la oración, y lo has de tener en todas partes.

Esta es, pues, la propuesta. En el fondo, ¿en qué consiste esta experiencia de Dios, en la totalidad de nuestra existencia? Podría traducirse como una fidelidad constante al Señor y una resonancia en nuestro corazón. Fidelidad constante quiere decir la práctica constante del amor, que hay que vivirlo en la oración, en la liturgia, en el estudio, en las tareas familiares, en las actividades sociales, en la política. Esta fidelidad constante que va impregnando nuestra vida, va provocando una resonancia interior. Cuando hablamos de experiencia nos referimos a algo más que a hacer cosas; la experiencia tiene una doble connotación, la del hacer, la acción, y también la del conocer; pero no de un conocer intelectual, sino de un saborear, de una resonancia. La fidelidad habitual al Señor en lo que hacemos va teniendo un eco o una resonancia en nuestra misma afectividad. Por eso Ignacio decía que es importante que procuremos tener devoción en cualquier obra de caridad, no solamente en la oración. Hay que dar un salto de la concepción excesivamente noética que tenemos de la experiencia de Dios; cuando hablamos de experiencia de Dios la situamos muchas veces en el campo de la reflexión, del conocimiento, pero hay muchas realidades que las vivimos sin que las tengamos reflejadas en el conocimiento, y las vivimos.

En la terminología que usa San Ignacio es importantísima esta expresión: **hallar**. Nadal dice que hay que ser "contemplativo en la acción", pero Ignacio nos decía contemplativo en la acción, sino "hallar a Dios en todas las cosas". Casi toda la terminología ignaciana integra la categoría de relación, de encuentro. Por ejemplo, habla de encontrarse, sentir gozo, tener devoción, sentir vivencia espiritual. Todas estas expresiones tienen connotaciones relacionales y afectivas: devoción, encuentro, vivencia espiritual. Esta realidad de una fidelidad constante al Señor va produciendo algo experiencial, unas resonancias en la persona que trata de vivir esa realidad.

"El mismo Espíritu que conduce a los Padres blancos al desierto, y a los misioneros, nos conduce muchas veces a nosotros, fatigados, a las escaleras llenas de movimiento del metro, a las calles oscuras, a personas muy corrientes que hablan de compras, de comida, de dinero, de ascensos en el trabajo, de líos. Cada pequeña acción es un acontecimiento inmenso en el cual se nos da el Paraíso, en la cual podemos entregar a los demás el Paraíso".

"No importa nada que a mí toque barrer o manejar la pluma, hablar o callar, remendar la ropa o pronunciar la conferencia, atender a un enfermo o escribir a máquina; en estas circunstancias se realiza el encuentro del alma con Dios, las pequeñas circunstancias nos manifiestan el querer de Dios, son nuestros superiores fieles" (Madeleine Delbré).

Aquí está el superior: este pobre que te necesita, este trabajo en equipo, esta exigencia de la preparación de una conferencia o de una clase, aquí está tu superior, y Dios es superior de todos, y todos hemos hecho el voto de obediencia, la obediencia de la fe. Todas estas realidades son experienciales, experiencia de Dios.

Creo que todo esto se puede comprender apelando a experiencias que hayamos tenido nosotros mismos, porque si vamos recordando nuestro pasado y nuestro presente, recordaremos quizá aquella conversación que tuvo una densidad tal que fue mucho más que lo que nos dijimos y lo que hablamos, ya que realmente en aquel momento brotó en mí algo, o un deseo de mayor fidelidad, o una mayor satisfacción y seguridad en mi vida cristiana, en mi trabajo, etc. O aquel trabajo en que me olvidé de mí mismo, en que sabiendo que nadie me lo iba a agradecer, yo realmente me entregué de veras y aquello me produjo nuevas satisfacciones interiores. O aquel rato dedicado a aquella persona, que no me cae muy bien y que necesitaba ser escuchada, que produjo en mí algo de una densidad especial. O la fidelidad continuada a mi deber, en momentos más luminosos, en momentos más oscuros, en momentos más gratificantes, en momentos realmente desabridos; allí se fue generando algo, cierta resonancia. Esto lo llamaríamos una experiencia de Dios, pues aunque tiene una connotación psicológica, como la tiene también la oración, pero no es puramente un elemento psicológico sino que hay algo de una densidad mayor; es ese "acontecimiento inmenso" de que habla Madeleine Delbré.

3. Vivir espiritualmente lo cotidiano

Todo esto, naturalmente, supone una pedagogía, que vamos a examinar. La experiencia inicial de Ignacio, que se traduce en una forma de vivir la cotidianidad, los trabajos, las tareas, etc., supone una pedagogía, una cierta infraestructura. Vivir esto no es complicado, pero es difícil. En efecto, hay cosas complicadas y sencillas, y hay cosas difíciles y fáciles. Para vivir esta espiritualidad no se necesita ningún grado académico, ni haber leído muchos libros. Y gracias a Dios esto se ha vivido en toda la historia del Cristianismo, porque no es nada complicado, aunque ciertamente es difícil, tiene unos costos. ¿Hay alguna realidad humana seria que no tenga unos costos? Por ejemplo, ¿se puede ser buen padre o buena madre, sin preparación, sin mantenerse uno motivado? O bien, ¿ser un buen educador o educadora, cultivar el arte, etc., sin trabajo personal? La amistad, por ejemplo, no funciona sola, es un arte, que pide cultivarlo. Toda realidad humana seria pide cultivarse, trabajarse. No a va ser menos la experiencia cristiana seria, que no puede funcionar por inercia, simplemente a base de impulsos de buena voluntad sin más, sin reflexión, sin trabajo personal. No es complicado, es difícil, es costoso; pero sus costos son humanos, no son económicos. Subrayo tres elementos de esta infraestructura.

a) Buscar la unidad intencional y real de toda la vida mediante el amor.

Mi vida es plural, está formada por gran cantidad de elementos: trabajo, descanso, vida de familia, vida comunitaria, amistades, vacaciones, aspectos económicos, etc. La "gracia" valga la expresión- está en ir buscando intencionalmente en la dirección de toda mi vida traducida en hechos, una unidad, que todo

apunte a una sola cosa: buscar el Reino de Dios y su justicia. Esta actitud afecta sobre todo a las elecciones fundamentales que uno hace en la vida: casarse o no casarse, hacerse religioso, o hacerse cura, etc. También debe afectar a cosas importantes: poner mi profesión o dedicación principal en esa dirección. Pero igualmente deseamos dejarnos guiar por ese criterio unificador en las opciones particulares, porque muchas veces acertamos en la orientación general, pero las opciones particulares van produciéndose de forma bastante arbitraria. No es solamente la cuestión intencional lo que importa, sino la orientación real: que sea eficaz esta prioridad del Evangelio, de los valores del Reino, en todas las opciones que voy tomando, no sólo intencionalmente, mentalmente, sino que vaya marcando las opciones concretas (qué hago con esta inversión, hacia dónde orientamos este dinero, cómo dedico mi tiempo que es el gran capital de que disponemos para que resulte realmente marcado por el Reino, etc.).

Veamos algunos textos ignacianos para iluminar este punto. Por ejemplo, unos nos hablan de ir "buscando a Dios en todas las cosas", y "amando a Dios en todas las cosas, y a todas las cosas en El". También que hay "tener la intención recta, no solamente acerca del estado de su vida, pero de todas cosas particulares". Observación de un verdadero maestro, porque muchas veces nos ocurre que acertamos en la orientación general del estado de nuestra vida, la opción fuerte (como casarse o hacerse sacerdote o religiosa), pero las opciones particulares van desintegradas, no están marcadas por esa línea, por ese esfuerzo de unidad alrededor del eje del amor a Dios y al prójimo. Esto lo enseñaba Ignacio a un jesuita que se encontraba con problemas en su vida interior: sentía una llamada interior a más oración, a más intimidad con Dios, pero se encontró con que tenía que hacer trabajos administrativos. Le escribió a San Ignacio que se hallaba disperso y distraído. El Santo le dice que estas distracciones lo son verdaderamente porque hallándose en tareas administrativas, con legajos, con documentos, se ha de prestar atención a estas cosas materiales y no se piensa en Dios para nada. Pues bien esto puede ser espiritual, dice Ignacio. ¡Impresionante! Un trabajo administrativo o material no solamente es espiritual, sino que puede tener más calidad que la más elevada contemplación. Esto es de una lógica contundente. Porque si Dios a mí me ha llamado al matrimonio, pongamos por caso, o me pide una dedicación a la política, ¿puede ser el matrimonio o el trabajo político un obstáculo para el encuentro con El? ¿O es tan limitado Dios que necesite una capilla para comunicármese o un tiempo determinado de oración? Por eso Ignacio le decía al jesuita encargado de la administración que estas cosas temporales que no le permiten pensar en Dios "no dudo que vuestra santa intención y dirección de todo lo que tratáis a la gloria divina lo haga espiritual". El hecho de que todo lo que voy haciendo está articulado en la línea del Reino de Dios lo convierte en espiritual, en experiencia de Dios, en encuentro con Dios. Ignacio nos da la motivación: porque las distracciones asumidas *conforme a la voluntad de Dios*:

"no solamente pueden ser equivalentes a la unión y recolección de la asidua contemplación, pero aún más aceptas como procedentes de más violenta y fuerte caridad".

Aquí toca Ignacio el meollo de su pedagogía espiritual: lo que da unidad a la vida, lo que da calidad a la vida no es ni la oración ni la teología, sino la caridad, el amor verdadero. La caridad es lo que da calidad a mi oración, la caridad es lo que da calidad a mi trabajo. Lo que importa es que toda mi vida, que todas las cosas que hago sean expresión de esta caridad, que estén marcadas con esta intención que es la búsqueda del Reino.

b) Junto a la búsqueda de unidad, hay que habituarse a la práctica del discernimiento de los signos de Dios.

Se trata del hábito del discernimiento. Porque el problema del discernimiento es que a menudo se quiere aprender por actos, a base de cursillos, de fines de semana, de momentos en que se va a discernir, pero ¡el Espíritu sopla cuando quiere! El legado del Nuevo Testamento es éste, y siete veces lo dice el Apocalipsis: "Quien tenga oídos que escuche lo que el Espíritu dice a las comunidades". El hábito del discernimiento significa el arte del discernimiento adquirido para practicarlo en la vida, en el trabajo, en las relaciones, en los problemas sociopolíticos, puesto que hay que ir discerniendo continuamente. Pero discernir es educar el oído, discernir no es un acto deductivo desde unos principios, sino un oído afinado a la música del Espíritu ("quien tenga oídos que escuche lo que el Espíritu va diciendo a las comunidades"). Por lo tanto exige esa educación del oído espiritual.

c) La lucha contra los afectos que impiden la acción del Espíritu y dividen nuestra vida.

En sustancia se trata de la evangelización del corazón. El motor de nuestra vida es el corazón, los afectos, pero los afectos muchas veces van a la loca, divididos. Decía Jesús: Hay quien quiere servir, poner el corazón en Dios y en el dinero, y eso es imposible. Entonces, ¿lo que hay que hacer es matar la afectividad? Al contrario, hay que hacer crecer la afectividad en una dirección. Y esto lo llama Ignacio con una palabra tan poco atractiva como "abnegación". Pero notemos que la abnegación ignaciana no es maltratar el cuerpo, ni ayunos ni cosas semejantes, sino que es simplemente como una expresión preciosa de los Ejercicios- "dejarse mover por el amor que desciende de arriba". Dejarse mover por el amor que desciende de arriba es dejar que nuestro corazón, un corazón de carne y humano, sea cada vez más el corazón de Dios, ese Espíritu derramado en nuestros corazones, que está en nosotros. Pero esta acción del amor de Dios queda a menudo bloqueada, y entonces hay un trabajo continuo de ir dejándose mover por este amor.

En una de las obras más antiguas, pero capitales, de Karl Rahner, *Angustia y Salvación*, se hallan unas páginas preciosas sobre el "cada día", porque "no escogeremos en verdad un maestro mejor que este cada día". El cada día es el lugar del trabajo del corazón:

"las pesadas horas iguales, la monotonía del deber, el trabajo diario que todo el mundo acepta como la cosa más natural, el continuado y rudo esfuerzo que a nadie se le ocurre agradecer, el desgaste y los sacrificios de la edad, las decepciones y los fracasos, las tergiversaciones e incomprensiones, los deseos incumplidos, las pequeñas humillaciones, la inevitable susceptibilidad quisquillosa de los viejos para con los jóvenes, y la no menos inevitable dureza de corazón de los jóvenes para con los viejos, las pequeñas dolencias del cuerpo, las inclemencias del tiempo, los roces de una vida en común... Estas y mil otras cosas más que llenan el cada día, ¿cómo hacen, cómo harían al hombre sosegado y desinteresado si entrara él de gana en esta humana y divina pedagogía?"

Nuestra vida de cada día es la gran oportunidad para la educación del corazón; mediante nuestra cotidianidad podemos conseguir que nuestro corazón se abra cada vez más a la dinámica del Señor que habita en nosotros.

Naturalmente que estos tres puntos que he enunciado suponen una pedagogía previa y subyacente: unificar la vida, practicar habitualmente el discernimiento e ir trabajando los afectos del corazón; todo esto supone una pedagogía inicial. Ignacio concibió la experiencia radical de los Ejercicios como un adiestramiento en esta unidad interior, como una iniciación en el camino del discernimiento y un intenso trabajo para ordenar los afectos.

Creo que con esto he descrito algo de lo que quiere significar el título "experiencia de Dios en lo cotidiano". También pienso que el mensaje ignaciano que acabo de presentar responde a aquellos tres anhelos que se dan en gran parte de los cristianos de hoy, a los cuales me he referido al comienzo: anhelo de experiencia de Dios, búsqueda de unidad de vida y ansia e plenitud afectiva. "Hallar a Dios en todas las cosas" es precisamente un camino para vivir la vida como experiencia de Dios, es una experiencia de unificación porque todas las cosas van unificándose en esta vivencia del encuentro con Dios. Pero al mismo tiempo es también una experiencia afectiva, porque es un encuentro cálido con el Señor. Hallar a Dios no es pensar en Dios, es una experiencia afectiva de encuentro, de plenitud del corazón.

Estos últimos años hemos oído repetidamente la expresión de Karl Rahner: "el cristiano del futuro, o será un místico, o no será". Cuando aquí se habla de "místico" no se hace referencia, obviamente, a personas que "están en las nubes", sino a personas de profunda y personal experiencia de Dios, en un mundo y en una Iglesia pluralistas. Porque ya no existe una sociedad y una casa protectora que nos cobije y unifique a todos; vivimos en medio de pluralismos ideológicos, pastorales, sociales, eclesiales, en un mundo en que lo religioso ha perdido una significación pública. En estas circunstancias, el cristiano o será una persona de esta experiencia personal de Dios, o no será nada. Con todo, creo oportuno añadir que el problema para el cristiano y la Iglesia del futuro no será su desaparición o supervivencia. Prescindiendo de las garantías de perennidad que el Espíritu ofrece a la Iglesia, no hemos de olvidar que las grandes instituciones por lo general no desaparecen, les cuesta mucho morir. Por tanto, el problema verdadero para la Iglesia y para nosotros cristianos no está en subsistir o no, sino en conservar la significación. Es decir, si realmente somos y seremos significativos para la sociedad y para el mundo del futuro. Para vivir de modo significativo y no de inercia, a impulsos sólo de la costumbre y de la buena voluntad, sino de manera plenamente honda y personal - es decir, como "místico"- en el mundo actual, Ignacio nos ofrece una buena propuesta: "hallar a Dios en todas las cosas".

